



NUM. 4

TOLEDO

Mayo, 1985

Edita: Tertulia Calandrijas - Plaza Buzones, 2

Y yo pregunto a los españoles si hay en las lenguas diversas de los hombres un solo nombre que suscite en ellos la marea de cosas bellas, profundas y trascendentes que levanta el nombre de Toledo.

Yo no era todavía toledano de adopción, sino sólo español, el día que lo supe. Ese día en que hube de escribir a un amigo mío, que ya no existe y que habitaba ocasionalmente en la imperial ciudad. "Toledo", tracé en el sobre, debajo del nombre de mi amigo. Y entonces fue cuando, de un modo súbito, como si al tocar un botón se descorriera una cortina y apareciese detrás la imagen entera y precisa de España, entonces fue cuando supe íntegramente que yo era español y lo que representaba el serlo.

Gregorio Marañón

(Gregorio Marañón, -Elogio y nostalgia de Toledo)





LA LEYENDA DEL JUDIO ANANIAS

En la Crónica General de 1344, folio 12, se cuenta una apasionante historia, que tuvo como protagonista a un aventajado alumno de las artes mágicas que se impartían en la casa de Hércules en Toledo. Tal fue la impresión que causó semejante suceso, que un siglo más tarde, en 1440, cuando se hizo la refundición de la citada crónica, los editores decidieron suprimir la extraña aventura de sus páginas.

Todo comenzó, cuando el joven Ananías, que alternaba sus estudios en el nefando gimnasio con el cuidado de la casa de Miguel Escoto, quedó al cargo de todos los enseres, libros e instrumentos de su maestro, cuando éste partió en un largo viaje, cuyo destino era la corte siciliana de Federico II. Después de la marcha del mago, Ananías, se entregó con más fuerza si cabe, al estudio y la experimentación. Ahora era él su propio maestro.

Un día, intrigado profundamente por un problema que le resultaba insoluble, decidió convocar a fuerzas superiores, a las cuales solicitaría consejo, del mismo modo que hubiera hecho Escoto de haberse encontrado allí. Lenta y rítmicamente dispuso el ámbito adecuado para tal operación; después de tomar un baño purificador, oró y ayunó durante tres días. Cuando el sol del tercer día desapareció en el horizonte, Ananías supo que el momento había llegado. Delante de él estaban la escala mágica del senario y las arcaicas tablas Ziruph. Con ayuda de ellas y bien dispuesto convocó a los **espíritus angélicos**.

Todo hubiera resultado perfecto, si Ananias no hubiese ignorado la condición primordial para el uso de las citadas tablas. Era necesario que al construir el nombre del ángel al que deseaba consultar, hubiera añadido al final de la combinación de las letras hebreas, la palabra Iod, nombre de la omnipotencia divina, pues según enseñan los cabalistas, todos los nombres de los ángeles deben provenir del nombre de Dios.

Cuando se disipó la densa neblina que había seguido a la lectura de las palabras, el joven hebreo tuvo una desagradable sorpresa, pues en lugar de Metatron, ángel que inspira la sabiduría y que es arquetipo del hombre, se encontraba Megalesio demonio habitante de la Gehena y generador de los falsos dioses. Este se dirigió a Ananías con las siguientes palabras: "Mis saludos, neófito aprendiz, supongo que ignorarás que todo aquel que me convoca tiene derecho a pedirme tres cosas, que yo le entregaré por difíciles que sean; pero también desconocerás que el pecado de haberme convocado, hace que tu cuerpo y alma sean irremediamente míos en el momento de tu muerte. Y ni el mismo Innombrable podrá interceder en tu favor".

Ananías con una calma y un sentido lúdico propios de un gran maestro, miró fijamente a Megalesio y le dijo: "No eras tú el objeto de mi búsqueda, pero si éste ha de ser mi destino, bienvenido sea, si ya he pecado contra El, no quiero defraudarle aún más con torpes sentimientos de desesperación; entrégame aquí y ahora, el Amor y el Conocimiento, con los que podré glorificar la obra de Aquel que es el principio y fin de todas las cosas, y con las que trascenderé el mundo del sin-sentido". Acostumbrado a estas cosas, el príncipe de los demonios asintió, y marchó después entre contento y abatido, pensando en la rueda inexorable que llevaba a un nuevo humano al mundo de la amargura mortificante y el ardor inextinguible.

La crónica de 1344 comenta cómo Ananías vivió ochenta años, rodeado de discípulos a los que imbuía de su ciencia y su amistad, entrenándolos en las maravillosas artes del Todo-posibilidad.

Cuando Ananías sintió que su muerte estaba próxima, se deshizo de todas sus pertenencias y bajó al sótano de su casa, donde tenía instalado un confortable estudio. Allí se encerró a esperar la llegada de Megalesio. Cuando éste llegó no encontró a aquel joven inexperto que le había convocado años atrás, sino a un hermoso anciano, en cuyos ojos se reflejaban toda la sabiduría y profundidad del Universo.

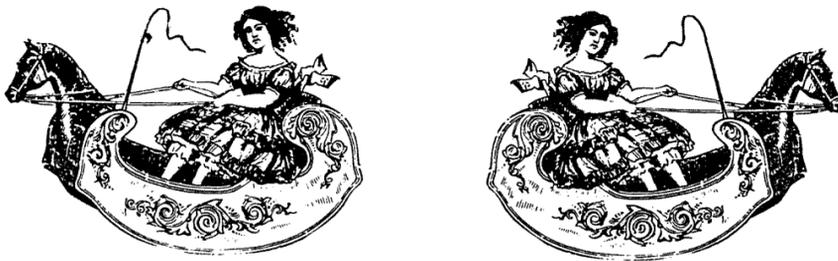
Megalesio invitó al hebreo a marchar, sin embargo, Ananías con una señal de su mano le indicó que se sentase, al mismo tiempo que le decía: "Ya sé que no existe nada que me libre del Infierno, sin embargo, aún tengo derecho a pedirte algo, la tercera y última de mis demandas; deseo que antes de comenzar mi último viaje juguemos una partida de naipes; por supuesto que no habrá premio para el ganador, pues nada tengo ya que perder ni ganar; cuando el juego termine iremos juntos a la Gehena, de donde no saldré jamás".

El príncipe de los demonios se dispuso a cumplir el deseo del anciano, pues las reglas del mundo del infierno así lo ordenaban. Ananías sacó un extraño mazo de cartas y lo puso sobre la mesa. Extendió los naipes y ofreció algunos a Megalesio. Este se dio cuenta horrorizado, que había sido encadenado eternamente, pues aquel mazo de cartas que tenía ante él, era el juego de los juegos o ludus ludorum, la eterna pregunta, la búsqueda incansable del hombre para escapar al horror más espantoso y atávico de los horrores, el miedo al vacío. Aquello que ni su propio maestro Luz Bella había sido capaz de descifrar, el enigma de los enigmas que solo Elohim conocía. Era un juego maravilloso, que rompía la eterna rueda del placer y del dolor, pero desgraciadamente para Megalesio era un juego que lo encadenaba eternamente, pues era un juego infinito.

Ciertas versiones de esta leyenda, sitúan el lugar de estos hechos en un subterráneo, hoy tapiado, del callejón de San Pedro número 8. Algunas noches de verano, los vecinos que se refrescan en el patio, oyen la risa de Megalesio que surge de las entrañas de Toledo, pues él también, gracias a la inteligencia y al amor de Ananías se ha liberado de los tormentos de la Gehena, el terrible Infierno.



Fernando Ruiz de la Puerta.



PEDRO SÁENZ DOS ELEGÍAS (1985)

Andantino mosso 1. 96 I

Viola

Piano

legato

rit.

dim.

pp

a.t.

cresc. poco... poco...

cresc.

mp

mf

dim.

mp

YO CONOCI A DON VICTORIO MACHO

Conocí a D. Victorio en la primavera del 54. Mi padre —andariago y zascandil en el mundo del Arte y de los artistas, toledano de adopción y devoción— trabó conocimiento con él apenas llegado a Roca Tarpeya. Juntos, un soledado domingo, nos dirigimos al singular roquedal, por aquel entonces poco frecuentado aún. Me encontré con un hombre sencillo y afable, de menuda y enjuta figura, atezado y sarmentoso, con indumentaria casi campesina, tocado con una amplia boina de la que escapaban rebeldes unas guedejas largas, entrecanas y desordenadas. Gran conversador, pozo inagotable de anécdotas que sapicaban una vida inquieta y dilatada, ágil gesticulador reforzando la palabra, nos mostró con sincero agrado su casa, el museo, el taller y el jardín. Muchos años después, ya fallecido, leería algo que escribió y que me daría la clave de su actitud en esa y sucesivas situaciones: "Sin duda, hay en mí el don de la sencillez. Por sencillo me siento humano y acaso también creador. Nadie, por lo tanto debe agradecerme la franca acogida que hago a cuantos me visitan. Por el contrario, soy yo quien siente gratitud hacia ellos, y por eso les doy lo mejor que tengo, aquello que en realidad me sobra, porque no siento la avaricia de mi riqueza".

Sería aquella la primera de una serie de visitas que, solo o acompañando a amigos que venían a Toledo, realicé hasta el año 61 en que me ausenté de nuestra ciudad. Casi siempre tuve la fortuna de contemplar las obras guiado por el propio autor. Son muchos los sentimientos, vivencias y estados de ánimo que escapan a la expresión plástica y sólo quien los ha experimentado mientras realizaba la obra artística es capaz de desvelártelos en su presencia. Por eso tengo el recuerdo vivo de todas y cada una de aquellas criaturas, inanimadas hoy, pero que en su momento cobraron vida ante mis ojos en el verbo apasionado del artista.

Allí estaba la cabeza de Cajal, que siempre acariciaba ponderando su hermosura y geniales rasgos. Cerca nos miraba Valle Inclán, el esperpéntico Marqués de Bradomín, de quien siempre le oí decir que era hombre de fantasía maravillosa y gran sugestión personal. Más allá, la "cabeza de lechuza" de Unamuno, que modelaría en Hendaya, pero con barro dorado llevado

de España. Y entre dibujos familiares de "chiguitos", frisos, bustos, torsos (¡ay el del gitano con movimientos de baile jondo!), presidiendo, quizás su obra más querida, su madre. Sentada, con su bata gris remarcando la redondez senil de la espalda, el rostro sereno y cariñoso y las manos castigadas por el reuma sobre el regazo, como quien acaba de dejar la labor hace un momento. Me decía que todas las mañanas iba a acariciar esas manos y a darlas calor.

Nos unía una pasión común, aun con distintos enfoques, por la anatomía humana de la que era un gran conocedor. Gracias a ello tuve el atrevimiento de mostrarle alguno de mis trabajos de modelado y vaciado realizados en la Cátedra de la Facultad de Medicina. El me pagaba con mejor moneda contándome sus experiencias junto al gran morfólogo Pedro Ara cuando juntos emprendieron un inacabado texto. Conocía yo algunas de las preparaciones del Profesor Ara, conservadas en el Museo Anatómico de la Facultad de Madrid, impregnadas de auténticos toques artísticos; incluso, para reforzar este aspecto, sin perder por ello su valor científico, utilizaba para fijar la piel despegada o los músculos desinsertados espigas de acacia o de pescado en lugar de alfileres. D. Victorio había comenzado a dibujar aquellas preparaciones para ilustrar el proyectado tratado, cuando un suceso inesperado cortó en flor la colaboración. Se lo oí referir varias veces, dominando siempre a duras penas la emoción que había producido en su tierna sensibilidad. Una mañana en que, como otras tantas, se disponía a tomar sus bocetos en la Sala de Disección, su vista se dirigió a una de las mesas mármoreas en la que yacía el tronco de un niño sobre cuyo pecho aún permanecía colocado un escapulario. Recogió los dibujos, cerró las carpetas y no volvió más.

La verdad y el misterio de la muerte constituían para él una extraña obsesión. Se había negado rotundamente a realizar las mascarillas de Galdós y de Marañón, para lo que fue requerido por amigos comunes, por no profanar el rostro yerto de seres a quienes tanto quería y admiraba. De la capilla ardiente del escultor Emiliano Barral tuvieron que sacarle mareado por el olor de las flores y los cirios. Evocaba con cuánto ahínco intentó retener en su mente la figura mongólica, chaparra y campesina del cadáver de Lenin en el mausoleo de Moscú, mientras la silenciosa fila de visitantes



le impedía detenerse en el recinto y le hacía tropezar y caer.

Una de sus obras favoritas, la dedicada a su hermano Marcelo, significaba siempre un hito emocionante en mis visitas. Acariciaba él y me hacía percibir a mí el roce de la barba, casi una sombra, en el rostro cerúleo y afilado. Llamaba también mi atención acerca de sus pies, que mostraban con singular realismo las durezas plantares y los relieves óseos; decía que eran pies de hombre humilde, nunca manchados de caminar sobre la cruda realidad. Había acogido la muerte dulcemente, como un trance sublime desprovisto de tragedia. Como contrapunto, observábamos en el taller la estatua yacente de Menéndez Pelayo, aún con el barro fresco; aquellos pies mostraban la crispación del hombre que se resiste a abandonar la vida cuando tanto le queda por leer.

Pero en la mente de Macho, al igual que en el monumento a Cajal, el agua de las fuentes simbólicas se confundía formando un charco enigmático. Era de ver el entusiasmo vital que le invadía al observar crecer día a día los brotes de las yedras, el progreso de los plantones o la eclosión floral de su jardín. En medio del mismo quedaba la Eva de América; ante ella, la palabra y el gesto del artista adquirían caracteres casi lúbricos resaltando las rotundas formas de la "chola" de cuyo prolífico vientre brotaron razas y pueblos al otro lado del mar océano.

En el 64 regresé a Toledo y se reanudaron las visitas, ahora ya acompañado de mi mujer y mi pequeña hija. El tiempo había impreso su huella en D. Victorio; los surcos que araban su cara terrosa y el cabello plateado pero siempre rebelde, daban una noble pátina al escultor castellano, como siempre quiso definirse. Sin embargo, la vivacidad de los ojos y del gesto no habían mermado en absoluto. Recuerdo sus manos duras y tiernas, hechas a manejar el palillo, el puntero, la bujarda y el cincel, acariciando dulcemente la cabeza de mi "chiguita". Había trabajado intensamente en ese tiempo. Los monumentos a Benavente, a Menéndez Pelayo y a su admirado Berruguete estaban terminados. En el taller esbozaba uno a San Juan de la Cruz y otro que pensaba titular "La fuente de la poesía rubeniana". Creo que la última vez que charlé con él fue en Bargas en agosto del 65, cuando celebrábamos la onomástica de nuestro querido D. Ramón Delgado. Fue una conversación larga y amena como todas las suyas; para mí su despedida.

El 13 de julio del 66 fallecía. Por fin había resuelto el enigma que tanto le obsesionó. Nunca veo a los amigos muertos para conservar los mejores recuerdos. De su escrito autógrafo de dos días antes del trance tomo una frase: "El verdadero Arte es la humilde plegaria que nos eleva hacia Dios. El nos la inspira y por eso le presentimos y le amamos".

Luis Rodríguez Esteban.



A D. D. Luis Rodríguez, recuerdo de
su amigo Victorio Macho
Toledo 25. octubre 1961.

TRAGEDIA DOMESTICA

Sólo una débil luz en el cuarto de estar. El MARIDO vuelve a su casa a altas horas de la noche. Entra de puntillas, esperando no ser visto. Cuando llega al centro del escenario alguien enciende una lámpara que le deslumbra. Es la MUJER, que le increpa:

MUJER.— No me hace ninguna gracia, querido.

MARIDO.— (Deteniéndose, con un suspiro) ¿El qué?

MUJER.— Que entres de puntillas como si pensaras que soy tonta.

MARIDO.— (Con un nuevo suspiro). Yo no entro de puntillas porque piense que seas tonta, querida. Pensé que te habrías acostado. Y yo no quería interrumpir tu sueño.

MUJER.— Esa delicadeza no es propia de ti, guapito. Tú te habías creído que yo no me iba a enterar de que vuelves a las cuatro de la mañana.

MARIDO.— Yo no vuelvo a las cuatro de la mañana. Ahora mismo son sólo las tres noventa y cinco.

MUJER.— Nunca en mi vida he oído una hora tan rara. Pero no es la hora que dices. Atrasas el reloj cuando vuelves a casa y lo adelantas cuando tienes que irte. Porque te cansas de estar a mi lado.

MARIDO.— (Con un suspiro). Querida, me parece que estas horas no son horas para que discutamos la hora.

MUJER.— Pues yo no soy de la misma opinión y hay que respetar las opiniones ajenas. Te estaba esperando a propósito para hablar contigo. Tenemos que hablar. Y no me hace gracia que entaras de puntillas.

MARIDO.— ¿Es que no hemos discutido bastante?

MUJER.— Discutimos porque tú quieres. En todo me llevas la contraria. ¡Grosero!

MARIDO.— Perdona. Yo no te llevo la contraria. Eres tú quien me la lleva a mí.

MUJER.— ¿Lo ves? Ya estás empezando otra vez.

MARIDO.— No estoy empezando; estás empezando.

MUJER.— Tú dices que empiezo yo, pero empiezas tú.

MARIDO.— Si empiezas tú, no empiezo yo. Luego uno de los dos no dice la verdad.

MUJER.— ¡Soy yo quien dice la verdad!

MARIDO.— ¡Tú siempre afirmas o niegas, pero no demuestras nada!

MUJER.— Eso no me hace ninguna gracia.

MARIDO.— Tampoco te hizo gracia que entrara de puntillas.

MUJER.— No, no me hizo gracia que entraras de puntillas.

MARIDO.— ¿Es que no hemos discutido bastante?

MUJER.— Discutimos porque tú quieres. En todo me llevas la contraria. ¡Grosero!

MARIDO.— Perdona. Yo no te llevo la contraria. Eres tú quien me la lleva a mí.

MUJER.— ¿Lo ves? Ya estás empezando otra vez.

MARIDO.— No estoy empezando; estás empezando.

MUJER.— Tú dices que empiezo yo, pero empiezas tú.

MARIDO.— Si empiezas tú, no empiezo yo. Luego uno de los dos no dice la verdad.

MUJER.— ¡Soy yo quien dice la verdad!

MARIDO.— ¡Tú siempre afirmas o niegas, pero no demuestras nada!

MUJER.— Eso no me hace ninguna gracia.

MARIDO.— Tampoco te hizo gracia que entrara de puntillas. ¡Pero ya me lo has dicho cuatro veces!

MUJER.— ¡Y te lo diré las veces que haga falta! ¡Bellaco!

MARIDO.— ¡No me hace falta que me lo digas más! ¡Yo no me casé contigo para eso!

MUJER.— ¿Y para qué te casaste conmigo, falsario? ¿No sería para hacerme gracia?

MARIDO.— (Llevándose las manos a la cabeza). ¡Yo ya no sé por qué me casé! ¡Pero como soy leal contigo, te digo que lo mismo que me casé me descaso!

MUJER.— ¡Pues tampoco me hace ninguna gracia!

MARIDO.— ¡Tampoco te hizo gracia que entrara de puntillas! ¡Pero ya me lo has dicho cinco veces!

MUJER.— ¡Y te lo diré las veces que haga falta! ¡Bellaco!

MARIDO.— ¡No me hace falta que me lo digas más! ¡Yo no me casé contigo para eso!

MUJER.— ¿Y para qué te casaste conmigo, falsario? ¿No sería para hacerme gracia?

MARIDO.— ¡Yo ya no sé por qué me casé! ¡Pero como soy leal contigo, te digo que lo mismo que me caso me descaso!

MUJER.— ¡Pues tampoco me hace ninguna gracia!

MARIDO.— ¡Tampoco te hizo gracia que entrara de puntillas! ¡Pero ya me lo has dicho cinco veces!

MUJER.— ¡Y te lo diré las veces que haga falta! ¡Bellaco!

MARIDO.— ¡No me hace falta que me lo digas más! ¡Yo no me casé contigo para eso!

MUJER.— ¿Y para qué te casaste conmigo, falsario? ¿No sería para hacerme gracia?

MARIDO.— ¡Yo ya no sé por qué me casé! ¡Pero como soy leal contigo, te digo que lo mismo que me caso me descaso!

MUJER.— ¡Pues tampoco me hace ninguna gracia!

MARIDO.— ¡Y van seis! ¡Pero me importa tres pepinos y medio!

MUJER.— ¡Querrás decir tres pepinos!

MARIDO.— ¡Si digo tres pepinos y medio es que son tres pepinos y medio! ¡Y un potito!

MUJER.— (Con gesto trágico) ¡Ooh! ¡Añades lo del medio pepino para hacerme daño! ¡Malvado!

MARIDO.— ¡Sí, un potito! ¡Y me importa tres pepinos y tres cuartos de pepino que el medio pepino te haga más daño!

MUJER.— ¡Ooh! ¡Lo de los tres pepinos y tres cuartos de pepino es más malvado todavía que lo de los tres y medio y el potito!

MARIDO.— ¿Y qué?

MUJER.— ¡Añades ahora los tres cuartos de pepino porque sabes muy bien que tres cuartos de pepino de más suelen producir indigestión! ¡Infame, cobarde!

MARIDO.— ¡Eso es lo que estoy esperando! ¡Que los tres cuartos de pepino de más se te indigesten! ¡Ya que has podido digerir el potito!

MUJER.— ¡Oh, el potito, el potito! ¡Malvado! ¡Dices todo eso para deshacerte de mí! ¡Pero no lo vas a conseguir porque yo soy más fuerte que todos los pepinos juntos y todos los potitos! ¡Y vuelvo a advertirte que todo eso no me hace ninguna gracia!

MARIDO.— (En el colmo de la desesperación) ¡Y van siete!

MUJER.— ¡Aunque fueran setenta veces siete, no me hace ninguna gracia! ¡Pero nada de nada!

(El MARIDO, que no puede más de desesperación, coge un enorme cuchillo y se lo clava en el pecho. Cae al suelo, muerto, con medio metro de cuchillo perpendicular a su cuerpo. La MUJER se acerca y curioseas alrededor del cadáver con cierta extrañeza. Luego se encoge de hombros y dice:)

MUJER.— ¡Pues sigue sin hacerme gracia!

Música fúnebre)
TELON

Antonio Martínez Ballesteros.



DIBUJO: ENRIQUE HIGUERAS

TODO ESTA DICHO YA

Todo está dicho ya.
Hemos hablado de amor cientos de veces,
tejiendo y destejiendo nuestras culpas
y siempre frente a frente.

Reos en compañía, encadenados
de dos en dos.
Siameses del destino y amarrados.
Juntos y diferentes.

Hemos llegado aquí
sin querer definir quién es el fuerte.
Separados y unidos,
volando en un espacio reducido
pero con aire siempre;
con oxígeno y libres, respirando
rutinas y dolores y alegrías
casi conjuntamente.

Todo está dicho ya
y sin embargo, aún somos dos personas que se quieren.
Nunca logramos ser uno del otro,
¡tuvimos esa suerte!.

Gonzalo Payo.

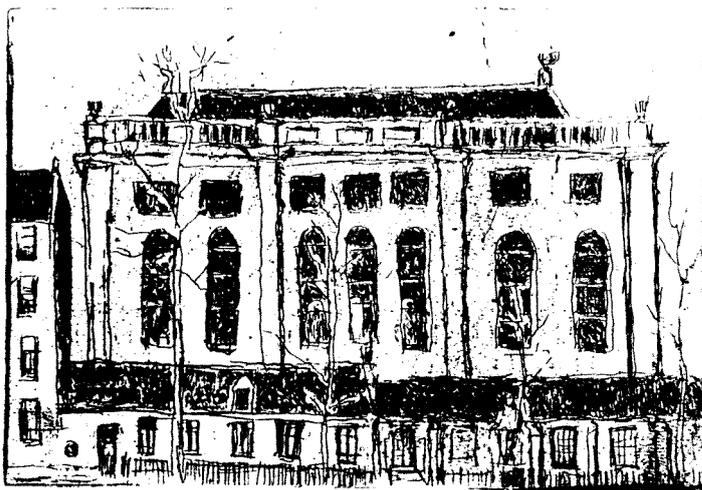


HOLA Y ADIOS

—¿Es usted Pedro García Gómez?
—Sí; yo soy.
—En ese caso, usted es precisamente la persona que yo buscaba desde hace mucho tiempo, usted es la persona que yo deseaba conocer. Adiós.
—Adiós.
—Me encuentro terriblemente solo. Verdaderamente, la soledad es lo peor que existe en este mundo.
—Yo también me encuentro terriblemente solo, y también opino como usted que la soledad es lo peor que existe en el mundo.
—¿Y se le ocurre alguna solución?
—Podríamos usted y yo. . .
—Por favor, elimine los puntos suspensivos: no los soporto.
—Podríamos usted y yo.
—Si se refiere usted a, no me parece mal esa solución. Efectivamente, podríamos usted y yo.
—¿Y bien?
—Estando de acuerdo los dos, lo demás es sencillo.
—¿Y bien?
—Adiós.
—Adiós.
—Hola. Me alegro mucho de verle.
—Hola. Yo también me alegro mucho de verle a usted.
—¿Y bien? ¿Se ha muerto usted ya?
—No; todavía no.
—En ese caso, adiós.
—Adiós, adiós.
—¿Le he dicho a usted alguna vez que la amo?
—Realmente, no lo recuerdo bien.
—Yo tampoco lo recuerdo. Deberíamos intentar recordarlo, ¿no le parece?
—Sí. Creo que la cosa es importante y merece la pena.
—Y, por cierto, ¿usted me ha dicho alguna vez a mí que me ama?
—No lo recuerdo.
—Yo tampoco lo recuerdo. Por lo tanto, debemos aprovechar esta ocasión para intentar también recordar eso.
—Me parece bien.
—En ese caso, adiós, pues yo recuerdo mejor cuando me hallo completamente solo. Adiós.
—Adiós, adiós.
—El tiempo ha pasado, pues para eso sirve el tiempo. ¿Ha recordado usted algo respecto a lo que hablamos?
—Sí. He recordado que, efectivamente, usted y yo nos dijimos en una ocasión que nos amábamos.
—Pues resulta que yo también he recordado lo mismo que usted.
—En ese caso. . .
—En ese caso, todo ha quedado aclarado; por lo tanto, ya no hay nada más de qué hablar. Adiós.
—Adiós.
—Hola. ¿Qué es usted: un hombre o una mujer?
—Hombre.
—En ese caso, adiós, pues yo también soy un hombre.
—Adiós.
—Hola. ¿Es usted un hombre o una mujer?
—Mujer.
—En ese caso, adiós, pues yo soy un hombre.

—Adiós.
—Me gustaría que mi cabeza cortada besara la cabeza cortada de usted.
—Lo siento, pero yo sólo soy una pared: no poseo cabeza, por tanto.
—Hola, entonces, pared.
—Hola, hombre. ¿Desea usted algo de mí, aparte de lo de la cabeza?
—Me gustaría escribir la palabra “adiós” en su cuerpo. ¿Me lo permite? ¿Sería usted tan amable?
—No puedo negarme a ello.
—En tal caso, escribo la palabra “adiós” en la pared —escribe la palabra “adiós” en la pared.
—“Adiós” —responde sin hablar la pared.

Amschel Paz.



Grabado de Cecilia.

APUNTES LITERARIOS

por Elías Jaramillo.

CUERDAS

Hago una pausa ante tu presencia resbalando en el tiempo y lejana. Afuera se acuerda de ti el entonces, amplio lugar donde descansabas. La cabellera de lirio cubriendo tus pies, justo cuando el sol entreveía tus faldas refrescando las aceras y emboscándome. Cubierta de ansia y resueltos quehaceres las estrellas se asemejaban a ti y parpadeaban. En lo alto de las construcciones detenida, el justo plano para anhelar la calma, subir y descubrirte, quemar la estancia. Me detengo a decirte que no estoy aquí. Vendrás con el tiempo y un susurrar.

CONSECUENCIA

Vino la lluvia a profundizar y deshacerme en el presente. Atrás las flores se alegraban y mecían en tus cabellos. Curva que sube y baja, muerde al día y la futura noche, encuentro de profetas y de lobos. Acercar lo presentido, esperar la palidez.



Jana Pastor